



EL VALLE

DE LAS

NICOLÁS

ADELFA

BOULLOSA

FOSFORESCENTES

# EL VALLE DE LAS ADELAS FOS- FORESCENTES

# Nicolás Boullosa

"Esos arroyuelos cantan sin que nadie se detenga a oír su música humilde y, sin embargo, no se intranquilizan y prosiguen su suave canción, armonizada con el ritmo de todos los mundos".

Knut Hamsun, *Pan* (1894)

A Kirsten Dirksen

Artífice de una trilogía que habría discurrido por el duermevela universal como una canción no escrita.

## ÍNDICE

[Un jirón con dos iniciales bordadas](#)  
[Ciudadano Aumentado número "n"](#)  
[\(Re\)encuentro](#)  
[Herederos de los Merry Pranksters](#)  
[Tras los pasos de Edmundo Dantés](#)  
[Lo que Tolstói nos enseñó de Napoleón](#)  
[Mujeres "ubercougar" de Los Altos Hills](#)  
[Encuentro entre los Argonath de Menlo Park](#)  
[Quinto Concierto de Richard Halley](#)  
[Anatomía de un impacto fortuito](#)  
[Madurez en estado embrionario](#)  
[Cuatro especies de equidna](#)  
[Molinos quijotescos en el puerto de Oakland](#)  
[Los peces no saben que están en el agua](#)  
[Trilogía del Largo Ahora](#)  
[Agradecimientos](#)

## Prólogo

### Un jirón con dos iniciales bordadas

“Esta es una historia apócrifa de un final que origina un principio, del acontecimiento que desata la colonización humana de Europa, el satélite de Júpiter. Nuestro hogar. En los momentos previos a la era de incertidumbre que asoló las Seis Californias en el último cuarto del siglo pasado, cuando nadie hablaba todavía de la inviabilidad de la vida en la tierra, una animosa y enamoradiza niña adolescente del valle de Santa Clara se enfrascó en una pequeña aventura cotidiana.

“Nada del otro mundo: según la historia, la chiquilla siguió al chico por el que estaba prendada hasta el lugar donde éste tendría que decidir entre dar su vida para salvar a una familia del valle, en apariencia una familia más de aquella época; o callar y dejar que las autoridades de entonces apresaran a la familia.

“La familia transportaba consigo la tecnología que permitiría a la humanidad seguir con su vida muy lejos de la tierra, usando a la luna y Marte como bases intermedias. Pero nadie sabía eso entonces, ni siquiera los portadores de la tecnología, que a lo sumo intuían su importancia.

“El audaz chico que asistía -acompañado por su admiradora- a la escena entre la policía de un oscuro puesto fronterizo del valle de Silicio y la familia que huía para investigar en su propio beneficio y en el de todos, eligió delatarse y luchar contra los androides del puesto fronterizo.

“La familia sobrevivió. El chico murió, rompiendo para siempre el pequeño sendero de su propósito vital, apenas un surco baldío de la fractal de la eternidad. Un surco yermo al que yo ahora rindo tributo.

“Esa niña se llamaba Jane Coelho; seguiría con su vida, se casaría y tendría su primer hijo ya en Europa, gracias al proceso tecnológico que su antiguo amado había salvaguardado con su corajuda actuación.

“Han pasado muchos años y estoy algo cansada, pero me he propuesto no abandonar este nuevo mundo hasta escribir la historia que me condujo hasta aquí y me permite



observar ahora, desde la ventana, a mis nietos jugando con el desparpajo y la mala uva que su propia abuela demostrara en sus años de pueril rebeldía muy lejos, en un hermoso y próspero rincón de la bahía de San Francisco. Volvamos, pues, a esa hermosa esfera añil que sigue flotando con su reluciente brillo líquido en nuestro sistema solar, como la más hermosa anomalía del universo conocido que es. Esa esfera todavía llena de vida, aunque su atmósfera sea ahora tóxica para su antigua megafauna. Al simio de la familia hominidae, tribu hominini y género homo que escribe estas líneas le entristece vivir desconectado del cordón umbilical de Gea. Quizá algún día vuelva, aunque ello suponga vivir en una burbuja y pelear por los recursos básicos para sobrevivir. Al fin y al cabo, ¿no hacemos los colonos terráqueos algo similar aquí?

“Espero estar a la altura para evocar la belleza de mi rinconcito de existencia en el anómalo astro azul índigo que el polímata del siglo XX Buckminster Fuller bautizó como Nave Espacial Tierra. El relato que sigue es el trazo fractal que relata la intersección de mi experiencia con la del héroe anónimo que salvó a la familia de científicos que nos ayudaría a sobrevivir. Mi intersección es, por tanto, también vuestra.

“Jane Coelho, en CaliKowloon de Europa, Júpiter, a 11 de febrero de 2157”.

La anciana dejó la pluma junto al tintero, decidida a seguir la historia dictándola a su asistente virtual. Desató con la mano derecha un raído jirón de ropa de cáñamo que pendía de la frágil y escuálida muñeca izquierda, su pulsera durante tantos años, y lo depositó sobre la página que acababa de escribir. En el jirón había cosidas dos iniciales: T. N.

El retal, pensó, le sincronizaba con la tierra, evocando a un ejército de células madre dispuesto a recomponer la vena umbilical que la guiaría hacia el valle de las adelfas fosforescentes.

# Capítulo 1

## Ciudadano Aumentado número “n”

Se había dormido con el susurro de una voz explicando el fenómeno de las "superlunas"; así supo que la luna se encontraba esa noche al 0,5 por ciento de su punto más cercano a la tierra. "Cero-coma-cinco-por-ciento... para qué necesito saber eso... para qué necesito saber... para qué necesito...". La divagación se aceleró a las puertas del sueño. Imágenes como fogonazos, pensamientos. El rostro de su padre. Su mujer, haciendo el amor con él sin parar de llorar. Su hijo. De nuevo, su mujer, ahora apoyada en la cocina, siempre melancólica. Su mujer mirándole a los ojos. Era lo último que le había rondado la cabeza antes de entrar en la vaguedad que le llevaría al sueño profundo, debidamente registrado por su subconsciente... y por la tan minúscula como inabarcable memoria sólida del repositorio instalado en su pecho.

Él mismo había sido el culpable del plastazo de las superlunas -recordaría a la mañana siguiente mientras se despe-gaba de las sábanas con ánimo de resacas-. "Quién me mandará a mí meterme en el uso de algo que no sea exclusivamente mi conciencia...". Él mismo -recordaba con claridad- había demandado contexto sobre la temática... a modo de somnífero cognitivo, ocultándolo a su mujer, que ahora se revolvía en la cama.

- Mm. ¿Qué hora es? -susurró ella.

Observó a su mujer con detenimiento, apoyando la cabeza sobre el codo; su piel tersa, sus párpados y labios ligeramente hinchados, las pecas del rostro subrayadas. Se limitó a confirmarle que faltaba media hora para que sonara el despertador.

- Duerme un poco más si puedes.

- Has estado otra vez usando el asistente en vez de dormir, ¿verdad? -preguntó su mujer con voz ronca y cachazuda.

- Duerme... -la besó en la frente.

Una vez más. A ella le preocupaba su dependencia del asistente virtual: todo lo que criticaba de los yonquis que babeaban por obtener y participar en las memes virtuales

estaba patente en él mismo. "Te estás enganando a las contextualizaciones del asistente". Lo que le dolía era la base de certidumbre que llevaba a su mujer a afirmarlo. En efecto, se parecía cada vez más a esos personajes de animación que se paseaban por la televisión del siglo XX, afrontando gráficamente decisiones malévolas o bondadosas en función de lo que un pequeño demonio o querubín les susurrara al oído. Ah, el platonismo de la relativamente feliz segunda mitad del siglo XX... Afortunadamente, se encontraban en otro momento, donde el misticismo, el materialismo y el hedonismo inconsciente habían cedido terreno a una ética más aristotélica. ¿Afortunadamente? A su juicio, el aristotelismo estaba tan muerto como los ideales románticos que habían inspirado las grandes catástrofes de los últimos ciento cincuenta años, incluyendo las tres guerras mundiales, así como los nacionalismos radicales y el islamismo degüella-cabezas de la Lucha Oscura de Guerrillas. ¿Seguían en un momento racional de la historia, o habían vuelto a un período místico, autocomplaciente, dogmático, como los momentos dominados por las grandes religiones monoteístas y, tras su decadencia, por las principales corrientes ideológicas? Ni puñetera idea.

Eso sí, A sus cincuenta años, con un tercio de la vida vivida, había asistido a la transformación del concepto de libre albedrío, que había pasado del libertarismo de los primeros años de la década de los cincuenta al albedrío "tutelado" por algoritmos de recomendación que a menudo -cosas de la "conveniencia"- no podían desactivarse del asistente virtual. Así que, cuando uno pasaba por la heladería de Joe y había mantenido las preferencias programadas por defecto en el asistente, una voz susurraba la existencia de alguna oferta, curiosidad o ambas cosas sobre la tienda del tal Joe. "A mí que me importan todos los Joe del mundo. Yo quiero salir, pasear, perderme, dejarme llevar por la serendipia, esforzarme para reencontrar el camino, sea geográfico o mental..."

Los ciudadanos más libres del mundo, al menos según el listado Mercer de Protección de Libertades Individuales,

eran sus vecinos, su hijo, su mujer y él mismo. También los más sanos, longevos y protegidos, tanto por pólizas inteligentes de seguros como por herramientas que reducían los acontecimientos azarosos hasta lo testimonial. Así que había rumores circulando en octavillas impresas en viejas y grasientas rotativas portátiles de empresas de reprografía del siglo XX, que relacionaban los accidentes azarosos con la muerte por encargo. El asesinato. Todavía se asesinaba en el Valle, según las octavillas. "En el fondo, nada ha cambiado y los matones siguen matando", sentenciaba el panfleto. ¿Quiénes? ¿Personas? ¿Organizaciones? ¿El "Gobierno" o las "Fuerzas de Orden" en un Estado que oficialmente carecía de éstas herramientas de las democracias anteriores a la era colaborativa?

Su mujer lo tenía claro. Las octavillas no eran obra de un loco y su estómago le decía lo mismo. La sonrisa de su hijo denotaba cualquier cosa menos libertad individual. Era un adolescente difícil, "enajenado", según les había explicado el psiquiatra de la clínica de Stanford. Un niño infeliz que oficialmente era tan sano y feliz como cualquier otro ciudadano del Valle. "Como en los peores momentos del comunismo soviético", había susurrado un día ante la pica de la cocina mientras preparaba unos fresones gigantes. Acto seguido se había desplomado en el suelo, enviando a su marido, Frederick Terlingua, un mensaje telequinésico encriptado (con protocolo neural), cuyo contenido le evocó *El Grito*, de Edvard Munch. El mensaje incluía el holograma de una mujer vencida, arrodillada en el suelo y con las manos en el suelo, abiertas palma arriba. La cabeza, incómodamente encorvada hacia el cielo, mostraba, en la espectral transparencia de los hologramas mentales, la dolorosa mueca del llanto materno. Junto al holograma, el texto: "Nos repiten que el niño está bien. Sabemos que mienten, sean quienes sean". El ciudadano-masa del micropaís más libre del mundo se parecía demasiado a las más oscuras dictaduras del proletariado, según las octavillas que aparecían día sí y día también en las estaciones de aerotaxis, planeadoras e hyperloop.

A juicio de su mujer, parte del cambio se debía a los intrincados algoritmos de recomendación de los asistentes insertados en el oído interno de la población. Tampoco ayudaban las percepciones y preferencias de la mayoría, que acababan imponiéndose sobre las del resto, como ya ocurría en cualquier democracia avanzada sin actualizar su constitución al equivalente a Sentido Común P2P.

Así, las ideas de la multitud, aunque fueran trasnochadas y populistas, o -como ocurría casi siempre- superficiales, acababan introducidas en los algoritmos de recomendación, unas herramientas tan ubicuas en la vida de todos como invisibles y permeables, diseñadas para aprender en tiempo real y reaccionar en consecuencia. Los ciudadanos favorecían masivamente lo fácil, adictivo, dulzón, narcotizante. Así, los mecanismos de trabajo duro, estudio, perseverancia y todo lo que supusiera esforzarse para obtener frutos a la larga habían sido barridos de los asistentes. A cambio, los algoritmos de recomendación competían entre sí por servir las ideas atractivas más instantáneas, el último chismorreo u ofertas que apelaban de inmediato los mecanismos de gratificación de la zona primitiva del cerebro (azúcares, sexo, violencia, actitudes gregarias). Asistentes virtuales y drones de reparto habían suprimido el tiempo de espera de compras virtuales y de bienes físicos, hasta hacer realidad el sueño del marketing de épocas pretéritas.

Nos encontrábamos en la era de la gratificación instantánea. La amígdala de Freud había ganado a la autorrealización virtuosa de Maslow. "Lo tendrás ante ti antes de que tu asistente te haya confirmado el tiempo de envío", rezaba el anuncio contextual del restaurante de insectos y biofermentos más popular de El Camino Real, Chef Chu.

Los asistentes con implante auditivo estaban propulsados con energía cinética y conectados a otro implante, el repositorio, una tarjeta de memoria en estado sólido ("para registrar toda tu vida", según las primeras publicidades sobre el servicio) conectada a un procesador cuántico que se ac-

tualizaba y reconstruía a sí mismo cuando era necesario para evitar errores en la copia de datos.

En los paneles de publicidad de los aerotaxis que sobrevolaban el condado de Marín en dirección al Valle, aparecían anuncios no intrusivos, sin permiso para enlazar por audio al asistente virtual, al tratarse de territorio ajeno a la República P2P del Valle de Silicio: "¿Olvidaste algo antes de salir de casa? Relájate. Tu repositorio garantiza a los más despistados una memoria de elefante para registrar toda su vida".

El procesador cuántico funcionaba con la energía de los radicales libres potencialmente cancerígenos que recolectaba del organismo huésped, evitando de paso el desarrollo de cualquier tumor. Así, la destrucción celular causada por las ondas electromagnéticas de la transmisión inalámbrica de datos y energía se mantenía a niveles muy inferiores a los de siete décadas atrás, a principios de siglo, época de despliegue de las primeras redes de telefonía y datos sin cables con velocidad relevante, justo antes de la revolución de la Internet de las cosas. ¿Qué "cosas"? Los sensores microelectromecánicos habían acabado conectando todo con todo como el "polvo inteligente" que, según los filósofos, había acabado con la incertidumbre física, dejando la mental en manos de los asistentes virtuales.

En teoría, tanto el asistente en el oído como el repositorio constituían el mayor avance en transhumanismo en la década anterior y superaría a la larga al polvo inteligente, proporcionando nuevas posibilidades de mejora de las capacidades intelectuales, físicas y psicológicas de cualquier individuo.

Después de diez años de intenso uso, la realidad le decía otra cosa. En ocasiones, se sorprendía soñando despierto con un mundo donde la expresión "polvo inteligente" fuera simplemente una bonita metáfora, y no el nombre de un ejército de sensores que incluso recolectaba mapas -con un margen de error inferior a un milímetro- sobre las rutas usadas por cada chucho para hacer sus necesidades. Era el